

Aquellos dos bravos generales no sabían de su país más que del nuestro, y tal vez de su provincia que del resto de Marruecos. Sea como quiera, antes de dejarnos soltaron otra que no valía menos que las precedentes.

El señor Morteo les puso de manifiesto una fotografía de su esposa, diciendo:

—Os presento á mi mujer.

Contempláronla detenidamente con verdadera complacencia, y de repente preguntaron los dos al par:

—¿Y las otras?

Ó no sabían, ó no recordaban en aquel instante, que los cristianos, infelices, sólo pueden tener una.

Aquella noche no hubo forma de poder dormir. Cacareaban las gallinas, ladraban los canes, balaban las ovejas, los caballos relinchaban, los centinelas cantaban, no cesaba un instante el campanilleo de los vendedores de agua, ni las disputas de los soldados sobre la distribución de la *mona*; los criados se tropezaban en los cordeles de las tiendas, y el campamento, en suma, parecía un mercado. Pero sólo restaban cuatro días de viaje y poseíamos una palabra mágica que de todo nos consolaba: — ¡Fez!



Castigo común en Marruecos

ZEGUTA

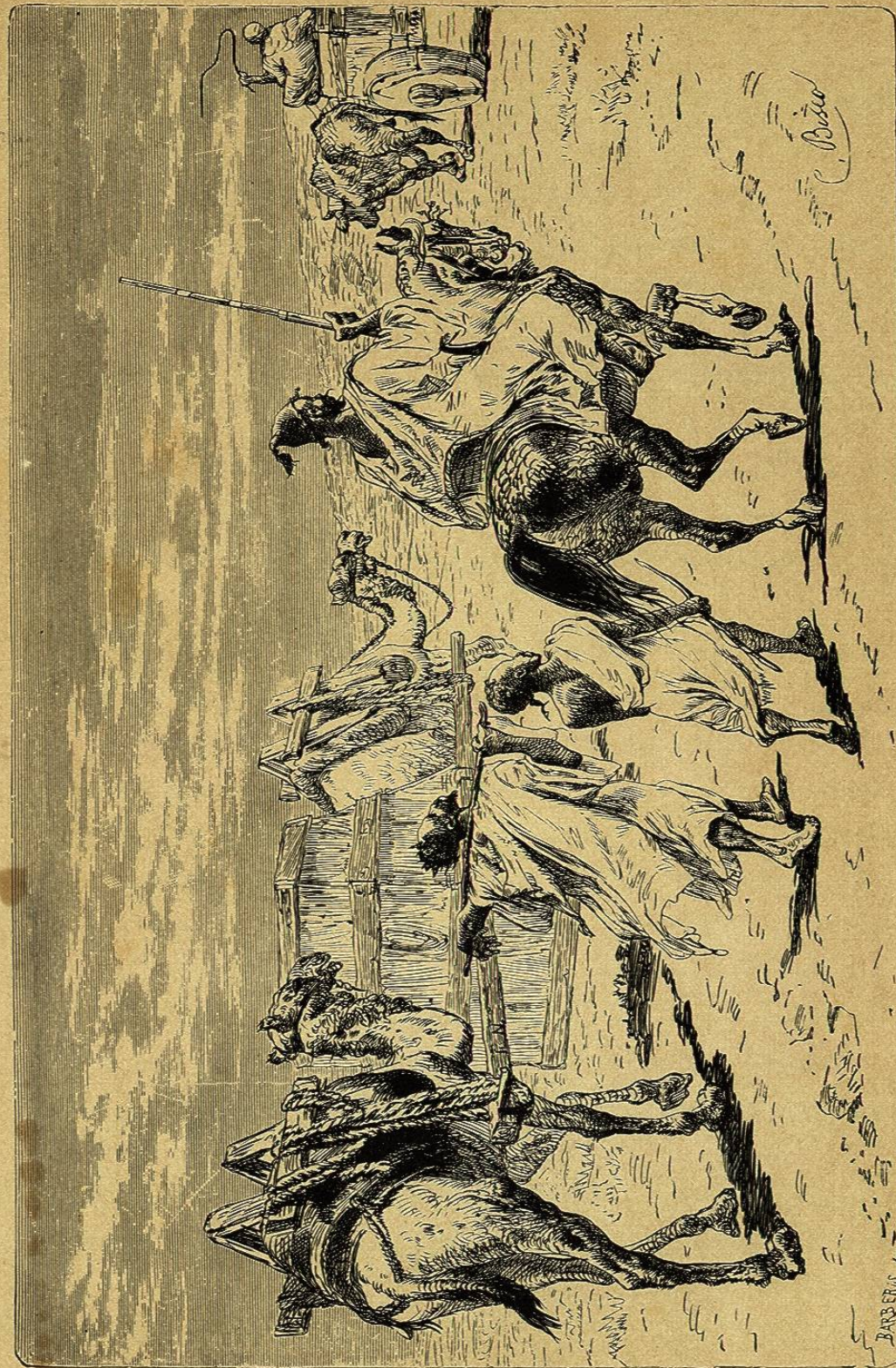
Al amanecer emprendimos el camino en dirección á Zeguta, satisfechos con la idea de que aquella tarde descubriríamos las montañas que se hallaban entre nosotros y Fez. Soplaba fresca brisa más bien de otoño que de primavera, y velaba la atmósfera una tenue neblina. Una porción de árabes envueltos en sus jaiques nos saludaban á la salida del campamento; los soldados de la escolta, entumecidos por el fresco, nos seguían en grupo, y los chucuelos del *aduar*, desde los vallados y las tiendas nos miraban con ojos soñolientos. Al cabo de algunos minutos brilló esplendoroso el sol; los curiosos aumentaron; desparramáronse los jinetes; llenóse el aire de gritos y ruido de descargas; todo

tomó color, luz y vida, é instantáneamente, cual suele acontecer en aquel país, al fresco otoñal sucedió el calor del estío.

Entre mis apuntes encuentro uno correspondiente á aquella mañana, que en todo su laconismo dice así: «Langosta: Ensayo oratorio de Selam.»

En efecto, recuerdo haber visto un campo que de lejos parecía como si se moviera, resultando semejante fenómeno de la existencia de una prodigiosa cantidad de saltamontes verdes que remontando el vuelo unas veces, otras saltando, acercábanse hacia el lugar por donde caminábamos. Selam, que en aquella ocasión se encontraba junto á mí, hizome una descripción sumamente pintoresca de las invasiones de aquel terrible insecto, descripción que recuerdo palabra por palabra; pero de la cual es imposible formarse idea no oyendo su voz, no viendo sus ademanes y la expresión de su rostro, no menos elocuente que aquéllas.

— ¡ Ah, señor, — decía, — es un espectáculo horrendo! Vienen de allí, (é indicaba el Sur). Es una nube negra, negra. El ruido que producen se oye de muy lejos. Y avanza, avanza sin que nada la detenga, y delante marcha su sultán, su sultán, llamado Jeraad, que les sirve de guía. Caminos, campos, casas, aduares, bosques, todo lo cubren. La nube crece, crece, anda, anda, anda; se cierne, se cierne, se cierne; pasa los ríos; cruza los valles; salva los muros; atraviesa el fuego, y destruye las hierbas, las flores, las hojas, los frutos, las semillas, la corteza de los árboles y anda, anda, anda. Nada puede detener su vuelo: ni las tribus encendiendo hogueras, ni el Sultán con sus ejércitos, ni todos los habitantes de Marruecos juntos. ¿Montones de saltamontes muertos? Adelante los saltamontes vivos. ¿Mueren diez? Nacen



Caravana conductora de los regalos de Víctor Manuel para el emperador de Marruecos

cien. ¿Mueren cien? Nacen mil. Lo he visto en Tánger. Calles, cubiertas; jardines, cubiertos; orilla del mar, cubierta; mar, cubierto; todo verde; todo moviéndose; vivas, muertas, corrompidas, hedor, peste, miseria, hambre, maldición del cielo!

Y en efecto, así acontece. El hedor que emana de las miriadas de langostas muertas, produce muchas veces calenturas malignas y contagiosas, siendo ejemplo de ello la horrible epidemia que en 1799 despobló las ciudades y campiñas de Berbería, poco tiempo después de una de las más grandes invasiones de langosta de que hay memoria. Cuando se presenta la vanguardia del ejército devastador, los árabes, en grupos de cuatrocientos ó quinientos hombres, con palos y encendiendo hogueras, la hostigan para que cambie de dirección; pero lo más que consiguen es hacerlas desviar un poco del camino que llevan, resultando muchas veces que, arrojándolas una tribu sobre los campos de su vecina, la guerra á las langostas se convierte en guerra civil. Lo único que puede librar al país de tan terrible azote, es un viento favorable que las arroje al mar, donde se ahogan, y después, durante muchos días, las olas las arrastran á la costa, muertas á millares, y el único recurso que queda á los habitantes, cuando no sopla un viento favorable, consiste en comerse á sus enemigos, como lo hacen, apoderándose de ellas antes que hayan desovado, y cociéndolas condimentadas con sal, pimienta y vinagre. Tienen un sabor muy parecido al cangrejo y pueden comerse hasta cuatrocientas en un día.

Á unas dos millas de distancia del campamento, alcanzamos una parte de la caravana que conducía á Fez los regalos de Víctor Manuel. Para semejante menester habíase echado mano de camellos que, marchando acoplados uno delante

y otro detrás, permanecían unidos por medio de larguísimos barrotes, de los cuales pendían las cajas, ó según ellas iban colocadas encima. Acompañábanles algunos árabes á pie y varios soldados á caballo. Á la cabeza de la caravana marchaba un carro arrastrado por dos bueyes, el primero que habíamos visto desde nuestra llegada á Marruecos, construído á propósito en Larache, según el modelo, presumo, del primer vehículo que apareció sobre la superficie de la tierra: tosco, pesado, deforme, con las ruedas macizas, es decir, sin rayos, y de una sola pieza; el más extraño y ridículo instrumento, en suma, que sea dable imaginar. Sin embargo, para los habitantes de los *aduares*, que probablemente no habían visto otro en sus días, constituía una verdadera maravilla, tanto que de todas partes acudían para verlo, y se lo mostraban los unos á los otros, y lo seguían y lo precedían y hablaban de él con ademanes de profunda admiración. Hasta nuestras mulas, no acostumbradas á semejante armatoste, mostrábanse sorprendidas cuando pasaban junto al mismo, de suerte que ó daban un respingo, ó echaban á correr recelosas. El mismo Selam lo contemplaba con cierto aire de complacencia, como si hubiese querido decir: — Ha sido construído en nuestro país.

Y semejante efecto se comprende, si se considera que en todo Marruecos no existe probablemente mayor número de carros que de pianos, que si hemos de creer lo que sienta un cónsul francés, no llegan á una docena, lo que no debe extrañarse, pues, según parece, se siente en aquel país una verdadera aversión por todo lo que tiene trazas de vehículo. Tanto es así, que las autoridades de Tánger prohibieron al príncipe Federico de Hesse Darmstadt, que visitó aquella ciudad en 1839, que saliera en coche. El príncipe, á lo que se dice, escribió al Sultán ofreciendo hacer enarenar por su cuenta

las calles principales, con tal que le permitiera lo que las autoridades locales le negaban. — Consiento, — contestó el Sultán, — y con la mejor voluntad; pero con una condición, y es que los coches no tengan ruedas, porque como protector de los fieles, no puedo permitir que mis súbditos se vean expuestos al peligro de ser despachurrados por un cristiano. — Y el príncipe, para echar el permiso á broma, aprovechóse de él y observó el pacto, existiendo aún en Tánger quien recuerda haberle visto atravesar la ciudad en una carroza desprovista de ruedas y suspendida sobre el lomo de dos poderosas mulas.

Al cabo vimos logrados los deseos que veníamos acariiciando hacía tres días, de llegar á aquella bendita colina. Después de una larga cuesta, penetramos en un estrechísimo desfiladero ó garganta, llamado en árabe Bec Tinca, que tuvimos que atravesar uno á uno, y salimos á un valle ameno y delicioso, siquiera solitario, al cual descendió la caravana, por demás regocijada, llenando el espacio con gritos y cantares.

En el fondo del valle encontramos otra escolta del territorio de las colonias militares que relevó á la primera.

Formábanla cien jinetes, entre los cuales los había viejísimos y extraordinariamente jóvenes, negros y cabelludos; montaban algunos de ellos soberbios corceles lujosamente aparejados. Su jefe, Abú-ben-Gileli, era un viejo robusto, de aspecto sombrío, de conciso hablar, del cual y de sus soldados, habría podido decirse lo que Don Abundo del Innominado y de los bravos: — Para tener á raya las caras de aquéllos, es indispensable la cara de éste: lo comprendo. —